

## V CENTENARIO DE SANTA TERESA DE ÁVILA

*S.E.R. D. Antonio Cañizares Llovera<sup>a</sup>*

Fechas de recepción y aceptación: 27 de abril de 2015 y 13 de mayo de 2015

*Resumen:* La actual situación de España está caracterizada por una profunda secularización, increencia e indiferencia religiosa. La experiencia de Dios es el único reto al ateísmo ante esta situación. La sociedad necesita de una nueva evangelización, de testigos del Dios vivo, cristianos que sean ejemplo de la experiencia de Dios. Santa Teresa, ejemplo y modelo de humanidad, se convierte en ayuda y guía en esta tarea evangelizadora. Es el amor lo que da unidad a la vida cristiana, y es durante la oración donde descubrimos el amor de Dios al hombre.

*Palabras clave:* secularización, Santa Teresa, evangelización.

*Abstract:* The salient feature of Spain's situation today is a profound secularisation, non-belief and religious indifference. The experience of God is the only challenge to atheism in this state of affairs. Society needs a new evangelisation, witnesses of the living God, Christians who are an example of the experience of God. Saint Teresa, an example and model for humanity, can become a help and guide in this evangelising work. It is love that brings unity to the Christian life, and it is during prayer that we discover God's love for mankind.

*Keywords:* secularisation, Saint Teresa, evangelisation.

<sup>a</sup> Cardenal Arzobispo de Valencia.

Correspondencia: Arzobispado de Valencia. Calle Palau 2, 46003 Valencia. España.

E-mail: searz@archivalencia.org



Creo que no es casual que, tal y como están las cosas en España y en la España de Teresa, se celebre el quinto centenario de su nacimiento.

Sin duda alguna algo nos quiere decir Dios y también Santa Teresa de Jesús a esta España convulsa por la situación de dificultad en tiempos recios como los que ella vivió en su época.

Ella es patrona de España, como sabéis, y patrona de España significa que no nos deja solos, pero también nosotros hemos de mirarla a ella y aprender de ella, porque nos da la gran lección que en este momento necesitamos para salir, no de la crisis, sino para salir más allá de la crisis, de lo que está en origen mismo de esta situación social y cultural que se está prolongando y que no son estos últimos años y esta situación cultural que estamos viviendo.

Un estatus cultural caracterizado por una secularización muy fuerte. Vivimos en una cultura fuertemente secularizada y marcada por la increencia e indiferencia religiosa en la que parece que hasta la divina pregunta o búsqueda de Dios sembrada por él en todo corazón humano queda como ahogada. La indiferencia religiosa, el rechazo o el olvido de Dios quiebran interiormente el verdadero sentido del hombre, alteran su raíz, la interpretación de la vida humana, y debilitan y deforman los valores éticos y morales. Una sociedad sin fe es más pobre y angosta. Un mundo sin apertura a Dios carece de aquella aura que necesitamos los hombres para superar nuestra menesterosidad y dar lo mejor de nosotros. Un hombre sin Dios se priva de aquella realidad última que funda su dignidad y de aquel amor primigenio que es la raíz de la libertad.

Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Esto está muy confundido hoy, está muy confundido. Dar a Dios lo que es de Dios es afirmar la realidad de las últimas, afirmar a Dios por encima de todo, y eso realmente lleva a que lo que se debe dar al César tenga un sentido realmente nuevo. Parece que el César, en estos momentos, sea Dios y se lo damos todo al César. Y así, tenemos ese relativismo tan cruel que está destrozando las sociedades occidentales. No puede extrañarnos que cultura no unida a la verdad revelada se convierta en una cultura de la insolidaridad y que un mundo más propenso a la increencia que a la Fe en el Dios vivo sea, al mismo tiempo, más proclive al pragmatismo que a la esperanza; al egoísmo que al amor y a la generosidad.

No es posible devolver al hombre su auténtica dignidad; abrirle a la esperanza de levantarse y caminar, darle sentido más humano y absoluto sin el descubrimiento y la aceptación de Dios y, más aún, desde la negación de él de una manera práctica.

No podremos hallar el sentido y el aliento de vida desvinculados de Dios en quienes está la liberación más real en el mayor progreso al servicio del hombre que es el verdadero progreso, la felicidad y la dicha y las penas. Decía San Juan Pablo II, en Huelva, nada menos que en el año 93: "Es cierto que el hombre puede excluir a Dios del ámbito de su vida, pero esto no ocurre sin gravísimas consecuencias para el hombre y la dignidad



de la persona”. Es lo que nos está sucediendo; por eso, es preciso que asumamos decididamente el reto de la increencia de nuestro tiempo y llevemos a cabo la obra de una nueva evangelización que reclama amigos fuertes de Dios, en expresión de Santa Teresa.

Que vivan estos la honda experiencia de Dios vivo; de Dios como Dios, como lo único y solo necesario; Señor de nuestras vidas, de Dios, en el más profundo centro y en la plenitud de nuestro vivir. Necesitamos a hombres y mujeres testigos del Dios vivo que sean capaces de hablarnos de Dios, de su juicio y de sus promesas con palabras fuertes, auténticas y verdaderas. Dios debe aparecer siempre como Dios en el centro de la existencia humana, como sujeto que con su juicio y su amor interviene decisivamente en ella. Origen, guía y meta de todo lo creado. Es la experiencia de Dios el único reto al ateísmo y a la increencia de nuestra época, capaz de llegar al corazón del problema de nuestro tiempo que vive apresado, frecuentemente, por la tristeza de lo finito e inmerso en redes de insolidaridad. Si la Iglesia, si los católicos no aportamos a los hombres de nuestro tiempo una inmensa experiencia de Dios, se puede decir que no les aportamos nada. Si nos hace falta la experiencia de Dios, nuestra presencia en el mundo se reducirá a la de un mero cuerpo social incapaz de dar esperanza y ofrecer libertad y felicidad a los hombres de nuestra época. Es el gran reto y a ello (y en ello) nos ayuda Santa Teresa de Jesús. Como decía, no es casual este quinto centenario, no es casual y está pasando desapercibido fuera de estos cursos, de congresos, pero, en el fondo, fuera de la ciudad de Ávila, está pasando desapercibido en la mayoría de la conciencia de nuestra España. Teresa de Jesús es testigo del amor misericordioso de Dios, del Dios rico en misericordia. Ella es mensajera de esperanza y evangelizadora de Dios vivo. Ella es expresión del hombre sediento de Dios y manifestación del alma humana que no se contenta con menos que con Dios, en la expresión teresiana de su vida. Un testigo impresionante de Dios que rompe su silencio junto a nosotros, los pobres y hermanos.

“Dios no ha muerto. Dios es el amor. Teresa lo ha visto, lo ha oído, lo ha sentido, vive conscientemente en su llama, a ella se le ha llenado el alma de son”. Son palabras de uno de los mejores conocedores de Santa Teresa de Jesús, Don Baldomero Jiménez Duque, que murió hace dos años.

Teresa de Jesús y su doctrina nos lleva al centro de la fe cristiana, que proclama la soberanía absoluta del Dios vivo. Necesitado de muchas cosas, nuestro mundo de nada está tan falto como de Dios. Esa es, con mucho, la principal carencia. La fundamental indigencia del hombre en la situación contemporánea, en la que parece que hasta la pregunta o búsqueda de Dios, sembrada por todo el corazón humano, quede como ahogada. La situación dolorosa de una noche oscura del ateísmo colectivo, que atraviesa nuestro mundo, reclama, como decía antes, amigos fuertes de Dios que vivan de la onda experiencia de Dios vivo como lo único y solo necesario. Ser cristiano ante todo es creer que Dios es.



El núcleo de la confesión de la vida cristiana está en la afirmación “Dios existe”; es algo con lo que tenemos que ver, que nos concierne de forma decisiva y total. Decía Santa Teresa, “Siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser”. Él es. En nosotros está siempre dándonos el ser. Él es vida de nuestra vida y sustento que sustenta. Dios es, Dios es Dios. Este es el gran misterio que ha comprendido Teresa de Jesús. Lo busca, lo adora y confiesa que no hay otro. Lo reconoce y acepta profundamente. Se goza de que Dios sea Dios y eso le basta. Por eso, quien a Dios tiene nada le falta.

No me resisto a ofrecer una anécdota que me sucedió al día siguiente de la canonización de Santa Maravilla de Jesús, hija de Santa Teresa. Un amigo y yo fuimos a Aldehuela para rezar ante su sepulcro y nos encontramos con que dentro estaba el Rey Juan Carlos visitando a las monjas. Cuando sale de visitarlas, salía también yo de rezar y me dice: “Oye, Antonio, ¿por qué estas mujeres tienen la alegría que tienen? Porque eso no es explicable solo por la canonización de su fundadora. Algo más hay”, y le respondí: “Majestad, ¿se ha dado cuenta de que no tienen nada?”, y me dice: “Tienes razón, nunca he entrado en un monasterio tan pobre como este de Aldehuela, nunca he visitado un monasterio tan pobre”, y le digo: “Pero tienen de todo”, y dice: “Tienes razón. Solo Dios es necesario”. Y es verdad. Ahí surge esa alegría inmensa, porque quien tiene a Dios lo tiene todo y a quien no tiene a Dios, le hace falta todo. Sufre la mayor de las pobrezas e indigencia, como hoy nos sucede. Por eso hay que decir que Dios aparece por doquier en la vida de Santa Teresa de Jesús y en la de cualquier hombre, como la presencia que rodea por todas partes y el cobijo por el que clama todo el ser del hombre; como tan bellamente canta San Juan de la Cruz en el cántico espiritual: “Descubre tu presencia y máteme tu vista y hermosura. Mira que la dolencia de amor no se cura sino con la presencia y figura”. Quien tiene la experiencia de Dios como Teresa de Jesús sabe que no hay pos-trero ocultamiento, que por todas partes sin cobijo ni evasión su vida está al fondo, está patente en su mirada. Sabe que para ella vivir es ser vista; conocerse, ser conocida por Dios mismo. Como dice el salmo 138: “me has sondeado y me conoces. Sabes cuándo me siento y me levanto. ¿A dónde lejos de tu aliento? ¿a dónde escaparé de tu mirada?”. Dios ama a los hombres incondicionalmente. En su misericordia y su pura gracia se adelanta a los hombres a ofrecernos su perdón y su sanación. Está junto a los hombres como una presencia personal, siempre presente. Como misterio de amor que posibilita nuestro ser más propio, nuestra identidad personal, nuestra vida más auténtica. Cuando se vive la experiencia de Dios es tal la certeza de esa presencia, que no se puede dudar de ella sino dar de sí mismo, como la misma Santa Teresa certifica: “un sentimiento de la presencia de Dios, que de ninguna manera podría dudar, estaba dentro de mí y yo toda engolfada en él” y añade “acaricióme a mí, una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas y, como me parecía estar presente, parecíame imposible



dejar de creer que estaba allí, no podría parecerme claro estar allí su presencia”. Y en otra ocasión añade:

no podía dejar de entender, estaba, cabe en mí y lo veía claro y sentía... acá no hay nada de esto... sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol... que sin verse se imprime con una noticia tan clara que no se puede dudar.

La inmediatez de la presencia de Dios al hombre cuando toma la iniciativa de comunicarse hace que su realidad y su verdad se impugnen al hombre y que este se vea inundado con una certeza que supera la que se funda en sus propios recursos, siempre precarios para salir de verdad. “Qué bien sé yo la fonte que mane y corre aunque de noche”, resume San Juan de la Cruz.

Cuando se vive la experiencia de Dios, todo el hombre toma parte y se siente inundado por la plenitud de vida, de gozo y de paz de Dios mismo. La serenidad, la reconciliación, la confianza son compañeros inseparables de la experiencia de Dios. Dice Santa Teresa: “mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas tuyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hacen aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos”. Y la cuenta de conciencia dice:

Parecióme, se me representó como cuando en una esponja se incorpora y bebe el agua, así parecía mi alma que se ansia de aquella debilidad y por cierta manera gozaba en sí y tenía las tres personas. También entendí no trabajes por tenerme a mi encerrado en ti sino de encerrarte tú en mí. Parecíame que dentro de mi alma estaban y veía yo estas tres personas se comunicaban a todo lo criado no haciendo falta ni faltando de estar conmigo.

Quien descubre a Dios, nos enseña Teresa en su vida y en sus obras, quien acepta y acoge, quien vive desde su presencia calcificante y desde la experiencia de él, ve que la vida merece la pena ser vivida; que la asistencia es una gracia que se acepta agradecido, que todo es gracia, que todo es don y regalo, que el hombre no es la medida de todo, que la misma vida es don y que lo importante es saberse dado, que aceptar el don que uno es, o lo que es igual, aceptarse a sí mismo, que uno es querido por Dios y por sí mismo y esto llena de gozo y gratitud, de gratuidad, de confianza y benevolencia, de esperanza y alegría de vivir como vemos en esta santa mujer tan sublime, tan cercana, tan hermana nuestra. Nos recuerda también esto a lo que dice el Papa Benedicto XVI en su encíclica social *Caritas in veritate*, cuando habla de la lógica de gratuidad: nadie pide pues, nada se pague, nada se interponga por encima de todo y sobre todas las cosas y lesione la afirmación de “Solo Dios”. El descubrimiento, el encuentro con Dios como Dios, lo único



necesario, hace del hombre una persona pobre y libre, le hace descubrir que la raíz de toda esclavitud no es otra que absolutizar aquello que no es Dios y su voluntad. Comprenderán entonces por qué he dicho antes: “Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”. Solo dando a Dios lo que es de Dios haremos una sociedad libre y de hombres libres, capaces de compartir y, verdaderamente, de amar. Pero el encuentro con Dios exige unas condiciones. Quien tiene una experiencia de Dios como Teresa de Jesús sabe que no nos podemos ocultar ante él. Cuando se vive la experiencia de Dios, toda la persona toma parte y se siente inundada con la plenitud de vida, de paz, de Dios mismo. También de dolor por no verse todavía fundida en él y con él. Muero porque no muero. El alma humana, el más profundo centro del corazón, se siente abrasada y quemada por el fuego inextinguible de la llama ardiente sin agotarse de Dios y de su amor, como sucede en esa cima de la unión con Dios que fue la transverberación de Santa Teresa de Jesús. Algo que trasciende la experiencia cotidiana del hombre que vive a ras de tierra o en la superficie de su piel. Lo que nos sucede: que vivimos en una sociedad muy superficial. Vivimos en el exterior, no dentro de sí. La serenidad, la reconciliación, la confianza son compañeros inseparables de la onda experiencia de Dios. Decía Santa Teresa: “mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón, hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos”. Leemos en las cuentas de conciencia de la Santa:

Parecióme se me representó como cuando en una esponja se incorpora y bebe el agua. No trabajas por retenerme a mí encerrado en ti. Parecíame que dentro de mi alma estaban y veía yo estas personas, se comunicaban a todo lo criado no haciendo falta ni faltando de estar conmigo.

Para el encuentro con Dios, el hombre necesita un camino de interiorización. “Alma, buscarte has en mí” para buscarnos a nosotros en él. Se ha de buscar a Dios dentro de nosotros mismos, en ese pequeño cielo, diría la Santa, de nuestra alma donde está el que la hizo. Es el camino de la interioridad al que el Papa San Juan Pablo II apeló en su encuentro inolvidable con los jóvenes un 3 de mayo de 2003 en Cuatro Vientos, Madrid. “El camino paso hacia el hombre interior, al corazón puro y limpio donde pueda ser acogida la Palabra de Dios que nos manifiesta su presencia. En superar la fiebre posesiva que nos ata, vencer la tendencia a la huida y al ‘divertimiento’”. Es necesario, para este encuentro con Dios, no desviar el corazón de lo único necesario, despojarlo de aquellas cosas que lo ciegan y le impiden estar atento a su presencia. Esa presencia que se da “del alma en el más profundo centro”, ese centro que es sustancia del alma, donde ni el centro de sentido ni el demonio puedan llegar, donde solo Dios puede hacer obra y



remover el alma. Experiencia de esto, llevado a su culmen, creo que refleja, por ejemplo, el hecho que antes citaba de la transverberación que, por más sublime que parezca, no deja de descubrirnos lo que el corazón del hombre, también el de hoy, anhela y necesita. Y al mismo tiempo, el que se encuentra con Dios en ese camino de interioridad ha de salir de sí olvidándose de sí mismo, del alma, de lo más profundo de dentro descubre que el centro del alma es Dios. El alma, que había comenzado por buscar a Dios en ella, “buscaba en ti”, descubre que solo puede realizarse buscándose en Dios, “búscate en mí”. Esto reclama entrega confiada de sí mismo en los brazos de Dios, adecuación de la voluntad del hombre al designio de Dios, transformaciones de la voluntad de Dios de forma que no haya cosas contrarias a la voluntad de Dios, la transformación del propio ser, amor efectivo como dice Teresa de Jesús: obras quiere el Señor, o con otras palabras, amor quiere el Señor.

En la experiencia espiritual del corazón de Dios, Santa Teresa, en consecuencia, puede aproximarnos a ese camino en palabras de San Pablo; los supera todos. Es el camino del amor. Podemos contemplar ese carisma supremamente valioso que el Espíritu Santo imprime en el corazón del hombre. El del amor mismo de Dios dentro de lo más profundo del ser humano, sin el que todo es superfluo. El que me ama, dice Jesús, se mantendrá fiel a mis palabras. Mi padre lo amará y mi padre y yo vendremos a él y viviremos en él, haremos morada en él. El dardo de la visión del ángel, como dice Santa Teresa de Jesús cuando cuenta el hecho de transverberación, la dejaba toda abrasada con el amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos y tan excesiva suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite y se contente el alma con menos que Dios. Y es que, el amar mucho es donde está el secreto no solo de la oración, sino de la existencia cristiana en la especie humana y el impulso y la fuerza de toda evangelización.

Todo lo dedica en descubrir la gran verdad de un Dios que nos ama, sin merecerlo, por una iniciativa gratuita suya. Toda la vida de Jesús, revelador de Dios y del hombre, no podemos contemplarla sino en clave de amor. El texto mencionado de la Carta a los Corintios no es sino el retrato vivo del amor con que Cristo nos ha amado y se ha entregado por nosotros. El amor con el que él ama a su esposa, la Iglesia. Como dice Santa Teresa: “no dejo de hacer nada porque no os quedase ninguna duda de este amor”. Toda la creación, cada una de nuestras vidas y de nuestras personas en la historia de la salvación, es obra del amor de Dios. El núcleo mismo de la evangelización no es sino el amor de Dios. Dios te ama, Cristo ha muerto por ti, toda la vida espiritual tiende a alcanzar amor y vivir desde el amor. Al final de nuestra vida seremos examinados del amor.

Por eso es necesario contemplar la humanidad de Cristo; el rostro de Cristo es el rostro de Dios, el rostro humanado de Dios. Ahí lo tenemos todo, ahí tenemos todo el



amor. Ahí tenemos toda la palabra de Dios; no tiene otra palabra que decirnos. Por esto, como dice una vez más la Santa:

aunque sea muy a los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre, el amor que Cristo nos tiene por el que se ve su humanidad, y despertándonos para amar; porque si una vez nos hace el Señor merced de que se nos imprima en el corazón, nos será todo fácil y obraremos muy en breve y sin trabajo.

Contemplar y vivir desde el amor de Cristo, sentirse amado por él, para poder amar y comunicar ese mismo amor porque amor saca amor. Para poder amar: orar, porque la oración es una amistad con Dios que nos lleva a convertirnos hacia el amor de Dios, a vivir en ese amor y desde él, pues no es otro el fin de la oración que llegar a ser amigo de Dios, vivir la comunión de amor y unidad con el Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo. La contemplación en la oración, como diálogo de amistad con quien sabemos nos ama, con Dios, nos lleva a salir de nosotros mismos. Es olvido de mí para buscar solo el bien de aquel a quien amo y en el amar a quien él ama. Sin oración nos conduce al repliegue egoísta sobre nosotros mismos, señal inequívoca de que en ella nos buscamos a nosotros mismos, no buscamos a Dios; no vemos en él nuestro sumo bien, no estamos determinados a seguir su voluntad, que no es otra que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Que todos alcancen la felicidad y la dicha que solo se encuentra en él. Que todos puedan participar de una vida abundante de la vida eterna que es él mismo. Fuente y fundamento, origen de toda la vida. Este amor de amistad con Dios a quien nos mueve en la oración y la contemplación y que llegando tan alto nos evoca la figura de Santa Teresa de Jesús; en palabras suyas: “no está en mayor gusto sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar en cuanto pudiéramos no le ofender y de rogarle que vaya siempre delante la honra y gloria de su hijo el aumento de la Iglesia Católica”. Es el amor lo que da unidad a toda la vida cristiana, sobre el amor traemos, una vez más, palabras de la propia Santa, “ese que da valor a todas las cosas en que sea tan grande que ninguno le estorbe a amar es lo más necesario, ande la verdad de nuestros corazones o ha de andar por la meditación y veréis claro que el amor que somos obligadas a tener a los prójimos”. En oración descubrimos el amor de Dios que nos impulsa a seguir al prójimo, a amar a nuestros hermanos con el mismo amor suyo, el amor con el que él nos ha amado en su hijo, el amor que él mismo ha derramado en nuestros corazones por el espíritu, que no es otro amor que el que Pablo muestra en la Carta a los Corintios. Pero si el servicio al prójimo pierde esta raíz del amor de Dios y esta raíz del amor a Dios, poco a poco dejará de ser verdadero amor al prójimo para convertirse en la afirmación del propio yo. Esta toda vista con Dios es comunión con el Dios que llama a los hombres, es comunión con el Espíritu con Dios padre y Cristo Jesús



y al mismo tiempo inseparablemente amor, solidaridad, caridad para con los hermanos que tienen también una dimisión social y política. Comprenderán entonces cómo precisamente no habrá esa caridad política, no habrá esa caridad social, no habrá la caridad, no habrá la misericordia si no estamos realizados fuertemente en la experiencia de Dios. El gran signo del Evangelio es la caridad. El gran signo de la salvación es la caridad. El gran signo, ahora que nos evocamos a la misericordia, de que Dios está con nosotros es la misericordia. No hay misericordia, no hay caridad precisamente sin esta base fundamental, es la realidad de Dios. Por eso digo que Santa Teresa es tan actualísima hoy, el Papa Francisco nos lo está diciendo con sus gestos sobre la caridad y la misericordia.

Recuerdo, unos días antes del inicio del cónclave, que hablábamos de esto en mi casa y que hacía falta un Papa en la Iglesia que verdaderamente mostrase la verdad de con que Jesús se presenta en los pobres son evangelizados. Esto no es posible, no es posible como tantas veces nos insistió y como nos ha dejado ese testamento el Papa Benedicto XVI al renunciar, si confía plenamente en Dios sin experiencia de Dios. El Papa Benedicto XVI en su renuncia nos ha dicho una cosa: Solo Dios, solo Dios lleva a la Iglesia, solo Dios manifestado en su rostro humano del hijo suyo y eso es lo que nos dice Teresa. Les puedo decir también, cuando era cardenal de la Congregación de la Fe y fui nombrado obispo de Ávila, me dijo:

Va usted a una diócesis que es famosa en todo el mundo y no solamente por las murallas de su ciudad, que son también famosas y únicas, sino sobre todo por sus dos grandes santos: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, y ya sabe, solo Dios. Ese debe ser el horizonte de su episcopado. Solo Dios, y este debe ser el horizonte del episcopado y el horizonte de la Iglesia en estos momentos.

Solo Dios. Quince días antes de anunciar su renuncia yo estuve con él, dada la entrevista y le decía: “¿Recuerda usted, Santo Padre, lo que me dijo cuando me hicieron obispo?”, y contestó: “No, solamente recuerdo que cuando usted vino aquí a Roma le dije esto es una kénosis, es un vaciamiento. Ahora dígame usted lo que le dije”; le conté y dijo: “Pues no me equivoqué. Esta es la realidad que la Iglesia en el mundo necesita. Solo Dios. Este debe ser el horizonte que debe trazar la ruta de nuestras vidas, solo Dios”.

Por eso digo que no es casual que en estos momentos celebremos el quinto centenario de Santa Teresa. Cuando el servicio al prójimo consiste en enunciar el evangelio, en anunciar a Dios, que Dios le ama y que Cristo ha muerto por él; ese tratado de amistad con Dios es mucho más necesario. El apóstol, el evangelizador, se forma en largas horas de oración de diálogo con el maestro. Su misión no se reduce a transmitir una doctrina, sino que consiste, ante todo, en comunicar con la vida. No anuncia verdades abstractas, sino que anuncia a aquel que es el camino, la verdad y la vida. Es un testigo que habla



de alguien que ha salido al encuentro y le ha amado y ha cambiado su vida. Eso supone una especial intimidad con él. “Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí”, como diría Pablo.

Solo desde la radicación en la amistad con Dios, que se alcancen la oración y la contemplación, es posible anunciar al Dios que es amor. Esta amistad se desarrolla en el trato de amistad con Dios. Ese trato nota la caridad y vida de nuestra obra evangelizadora. Todo esto, entre otras cosas, evoca la figura de Santa Teresa de Jesús reflejando siempre, sin duda, una de las cimas más altas de la experiencia mística y de la experiencia de la humanidad. Al mismo tiempo, nos indica el camino más cierto para todo cristiano, para todo hombre en su verdad y para la Iglesia toda, llamada a ser testigo de Dios vivo, presencia palpable de su amor evangelizador. Y esto desde el encuentro con Cristo en su humanidad no es posible si no es dentro de la Iglesia en fidelidad total y comunión total con la Iglesia. Amó a la Iglesia y se entregó por ella. Esto es lo que nos dice Teresa de Jesús, un alma, una persona eternamente del Señor y, al mismo tiempo, también, eternamente de la Iglesia y al servicio de la Iglesia. Necesitamos de Teresa de Jesús en estos momentos para que haya una humanidad nueva hecha de hombres y mujeres nuevos. Eso es evangelizar. Así lo decía el Papa Pablo VI: necesitamos del testimonio de Teresa de Jesús. De aprender y seguir sus enseñanzas para poder enseñar a los demás el arte de vivir. Esos evangelistas, decía el Papa Benedicto XVI, aprender el arte de vivir y ese arte de vivir se da precisamente cuando vivimos ante Dios, cuando le reconocemos la persona de su hijo y cuando desde allí, precisamente, hacemos posible que Dios viva en nosotros; y así se renueva el mundo con hombres nuevos y mujeres nuevas. Muchas gracias.

